

Nunca había conocido el mar. Sólo supe de él por aquellos miembros de la aldea que emigraron hacia la costa y que un día fueron pescadores. –“Miedo, el mar da miedo...”–decían aquellos que durante largas jornadas habían sido visitantes furtivos para sus especies moradoras- “Es tan inmenso... que parece no acabarse nunca”. Aquél era mi escaso conocimiento del mar pero por los relatos, a pesar de su peligro, me inspiraba libertad; llegar más allá de donde la tierra te limita. Un día comenzó a oír en la aldea que no sé quién, de no sé dónde, había llegado más allá de donde el sol se ocultaba, de donde el agua salada acababa con el fuego del astro rey. Contaban que había emprendido un largo viaje hacia Europa buscando recursos para ayudar a su familia, extensa como todas las nuestras. Decían que había estudiado y que, quizá, tuviese mayores oportunidades en la tierra de la gente blanca donde reside la riqueza. Aquella noticia caló entre los más jóvenes de la aldea; incluido yo. Y con el tiempo supimos cómo seguir sus pasos. Nos hicieron esperar, escondidos, hasta que la noche, de luna nueva, se hizo totalmente oscura. A la orden de la esperada, decenas de personas salimos de nuestros escondrijos y con un miedo reconfortado por la alegría de emprender camino al “futuro”. [...] Me pude percatar, viendo y oyendo, que junto a mí viajaban varias mujeres con niños de escasa edad, ¡gente que no sabía nadar!... Todos hacinados y durante muchos momentos de la singladura, dormidos, y agarrotados, vencidos por el agotamiento. Fueron muchos días prisioneros en una mazmorra donde nuestro mayor vigilante y enemigo era el mar, aquél mismo que me inspiraba libertad, hasta que alguien avistó... ¡tierra! [...] Llegamos a una playa junto a un barranco que solamente se adivinaba, débilmente, por la luna creciente. Abandonamos aquella cárcel flotante. En la oscuridad no cesaban de oírse los lloros de los niños. Ellos fueron los primeros en ser atendidos. Luego lo serían sus madres. Todos estábamos exhaustos. El frío, el miedo, la noche, no saber dónde nos encontrábamos ni quiénes acudían a socorrernos, no dejaba de aminorar la incertidumbre que habíamos mantenido a lo largo de tan larga travesía. [...] Cuando ya nos recogieron, nos trasladaron a una especie de choza de plástico, donde nos dieron ropa seca y algo de comer. Allí, aunque con incertidumbre, nos sentimos más tranquilos. Esperanzados... pero aquello duró poco. Unas personas uniformadas venían a llevarnos de nuevo. Fue cuando dejamos de escuchar el rugir del mar, aquél que tanto miedo daba pero que me inspiraba libertad. Ahora vivo en Castellón, con amigos de mi país que he ido conociendo, sin trabajo estable pero con ilusión, gracias al apoyo de personas solidarias como las de la Cruz Roja. Después de un tiempo establecido, pescadores con los que me encuentro cada tarde en el puerto, no amigos pero por lo menos sí dispuestos a relacionarse, me preguntan: –¿Y por qué tanto riesgo? –Por necesidad –les contesto. –Pero si os están cerrando todas las salidas de África y todavía siguen llegando... –añade alguno. –Cuando cerraron el ultramarinos del barrio, ¿a dónde fuisteis a comprar?... –Al del centro –contestaron a coro. –Nosotros también. Por mucho que se cierran puertas, la necesidad busca salidas. Y así, charlando, anochece en este mar que no se come a la luna, mientras oigo repetir: “Miedo, el mar da miedo”, de boca de los pescadores de este otro lado del mar o del mundo. Sí. El mar da miedo, mucho miedo... y esperanza.

Trata de explicar la situación de la inmigración que llega por pateras a España, ¿de qué maneras ayudarías a solucionar esta realidad?

Imagina que eres el narrador. ¿Cómo te sentirías al llegar a España? ¿Cómo te trataría la gente? ¿Qué echarías de menos de tu país?

EL PAÍS | EL PAÍS SEMANAL

NEWSLETTER SUSCRIBETE

REPORTAJE: GRANDES REPORTAJES

"Yo llegué en patera"

Dos periodistas vivieron en primera persona durante un mes el drama de los cientos de africanos que cada día intentan alcanzar España en patera a través del Estrecho o el Atlántico. Con ellos navegaron hasta Canarias y sufrieron el maltrato, el miedo, el dolor de la muerte, la desesperación.

GRÉGOIRE DENIAU

https://elpais.com/diario/2004/11/28/eps/1101626810_850215.html



<https://www.youtube.com/watch?v=nwjOnHV0VcM>